

*aliquo modo alienabo etiam cum consensu Capituli Ecclesiae meae, inconsulto Romano Pontifice. Et si ad aliquam alienationem devenero, paenas in quadam super hoc edita Constitutione contentas, eo ipso incurrere volo.* (1).

Cuan poco piensas valeroso Pastor, al hacer ante tu pueblo tan solemnes promesas á Dios Todopoderoso, que ántes de un año se habrá puesto á dura prueba tu fidelidad á tan terrible juramento. El Señor, á quien invocas al extender tu mano sobre los santos Evangelios, te dará fuerza y te ayudará en las tremendas luchas, á que vá á sujetarte tu árdua misión. Sigue, sigue haciendo tu profesion de fé ortodoxa y ofreciendo á Dios y á la Iglesia practicar todas las virtudes y alejar de tí y de tus ovejas todos los vicios.

Oid cómo le pregunta el consagrante: ¿Quieres custodiar en tí mismo y enseñar á los demás, la humildad y la paciencia? ¿Quieres ser afable y misericordioso, por amor del Señor, con los pobres y peregrinos, y con todos los necesitados en general?—“Quiero”—responde por dos veces con esa voz sonora que sale de lo íntimo del corazón; y ese voto que hoy profieren sus labios juveniles, lo repetirá anciano, y aun en los momentos mismos de su muerte.

Orad por él ¡oh fieles! invocad uno á uno á todos los Santos, y miéntras él yace en tierra postrado, rogad al Señor que se digne bendecirlo, consagrarlo y santificarlo. Dad gracias al Divino Espíritu que se digna comunicársele en toda su

(1) Pontifical Romano.

plenitud. Ved el Oleo Santo empapar su cabeza y sus palmas. Oid las palabras que al entregarle el báculo pronuncia el Pontífice: “Recibe el cayado pastoral que te sirva para ser piadosamente severo en corregir los vicios.”

¡Ah, buen Pastor! No tardarás en tener que esgrimir este sacro instrumento contra un pueblo ingrato é infiel, que en vano procurará hacerlo pedazos. ¡Cuán pesado vá á ser para tí ese cargo pastoral, simbolizado en el libro de los Evangelios que se ha puesto sobre tus hombros; cómo vá á quemar su dedo el anillo con que acaba de adornársele; cómo vá á herir sus sienes esa mitra de espinas con que acaban de ceñirle! Siéntate en ese trono, de que presto intentarán derribarte, y extiende tu mano sobre ese pueblo que ahora implora tu bendición de rodillas, y en breve la solicitará en actitud guerrera, y con gritos sediciosos.

En efecto. El fragor de las batallas no tarda en escucharse por todo el país; y lo que es peor, al mismo tiempo que la Revolución dirige sus tiros al poder entónces establecido, empieza á asestar empoñadas flechas á la Iglesia, encubiertas primero, despues sin disimulo alguno. Pacífico en medio de tanta perturbacion, el celoso Obispo “se dedica de preferencia al Colegio Seminario, sacando de su propio peculio no despreciables sumas para su fomento. El número de viudas pobres, doncellas sin arrimo, huérfanos y enfermos sin auxilio que socorre de su haber, se conocerá más tarde cuando les haya faltado su insigne protector. Sin desatender los negocios de su propia capital, emprende la visita pastoral, y hace más en pocos meses de agitacion y con-

trariedades, que otros Prelados en largos años de paz y prosperidad.” (1)

En esta época concibe el proyecto, que varias veces oí de sus labios, de invertir los bienes de la Iglesia en una vasta red de ferrocarriles, que comunicaran entre sí las diversas ciudades del país, que abrieran al tráfico tantas fuentes ignoradas, de riquezas, que nos pusieran en íntima comunicacion con nuestros vecinos del Norte y del Sur, y que dieran honra y lucrativa ocupacion á los que hasta aquí se habían consagrado á fomentar las discordias civiles.

¡Egregio Prelado! Tu noble pensamiento se realizará; pero muchos años más tarde, por manos casi todas extrañas, y no con los bienes de la Iglesia, que habrán entónces desaparecido, sino con capitales venidos del extranjero, y que en cambio de ventajas innegables disminuirán no poco nuestra libertad é independencia. En cuanto á tí propio, aunque ántes no ha surgido en Puebla Pontífice á tí semejante, ni despues habrá otro que se te parezca, tus trabajos serán estériles, porque el Señor está irritado con esta generacion infiel, y no cesará su furor hasta que la haya castigado duramente: *Non est aversus Dominus ab ira furoris sui magni.*

La diócesi de Puebla, tan religiosa, y cuyos pobres tantos beneficios reciben de la Iglesia, no puede menos que estremecerse al oír el eco de las primeras leyes contra la inmunidad eclesiástica, y al saber que se pretende arrancar de manos de sus bienhechores las propiedades que sirven de patrimonio al necesitado. Teme-

(1) Exposicion en favor del Obispo de Puebla.

rariamente se levantan en armas los más entusiastas; cual los inconsiderados judíos de antano, *sine consilio exeunt in praelium*: y tras corto sitio y breve campaña, caen en manos del triunfante enemigo.

El *Vae victis*, de las antiguas guerras y de las modernas contiendas civiles, resuena terriblemente en los oídos de los cautivos; pero, ¡cosa extraña! va á herir de lleno y con más furor á la Iglesia de Puebla, y en particular á su Pastor.

¿Qué tenía de comun el manso Obispo con las turbas armadas? ¿Por ventura cuando lo vitoreaban bajo su balcon, hizo otra cosa que dirigirles palabras de paz y reconciliacion? ¿No se le vió atender igualmente á las víctimas de uno y otro bando, curar á los heridos del ejército vencedor y socorrer con inagotable caridad á sus viudas y á sus huérfanos? Ah! Se le acusa de haber fomentado el alzamiento con los dineros de la Iglesia. Afortunadamente escrita ha quedado la victoriosa respuesta que da á sus acusadores, y todavía parece que del fondo de la tumba repite las palabras que al ministro de Negocios Eclesiásticos dirigiera: “En cuanto á los auxilios pecuniarios dados al General, ya indiqué en mi primera exposicion, que miéntas tuvo el carácter de revolucionario, ni un centavo se le dió de los bienes de la Iglesia; pero que cuando en virtud de unos tratados se le entregó el mando de la plaza, y me vi precisado á reconocerlo como gobierno, se le auxilió, como siempre lo he hecho con todos los gobiernos.”

¿Quién dudará, señores, de la veracidad del Prelado? No fué entónces la única vez que se solicitaran subsidios pe-

nos con él, y de unir sus intereses á los nuestros. Había visto en Europa naciones poderosas, unas más fuertes que las otras, pero manteniéndose todas en perfecto equilibrio, merced á gobiernos estables, al auxilio que las más guerreras daban á las más débiles, y á las alianzas que no sólo los intereses de los pueblos, sino los lazos de familia entre los gobernantes, obligaban á contraer, en pro del bien comun y de la paz general. Llegó á soñar, como los grandes políticos con quienes había entrado en íntimas relaciones; llegó á soñar para la América del Norte y del Sur un equilibrio semejante al de Europa que asegurara á México la paz, la prosperidad, el poder por mar y por tierra, la hegemonía en el Nuevo Mundo, y un lugar distinguido entre las naciones todas del Orbe. Para convertir el sueño en realidad sería preciso hacer mil sacrificios, é inmolar en aras de la patria el amor propio nacional. Pero estos sacrificios debían ser pasajeros, y los compensarían ampliamente las ventajas definitivas y el engrandecimiento de México. Pareció la empresa fácil y de rápida ejecución; y el Obispo de Puebla, creyó conveniente acercarse al teatro de los sucesos. Su alta posición en la Iglesia, su prestigio entre el clero, su preclaro talento diplomático, y más que todo, la aureola de las luchas y la persecución, la más bella que pueda circundar la frente de un prelado, lo habían constituido jefe de un partido monárquico, que en aquel momento se creía identificado con el partido católico. Hé aquí por qué renunciando á la alta misión que la Corte de Roma iba á confiarle en Oriente, se encaminó presuroso hácia Occidente.

Pero estaba escrito que todos los planes para la prosperidad de México, concebidos por el activo prelado, habían de fracasar desde el principio. Ninguno había osado lo que él; nadie se atreverá á igualarlo en lo futuro; pero la indignación de Dios contra su pueblo aun no se apagaba, y de nada habían de servir su talento y heroicos esfuerzos. *Similis illi non fuit ante eum rex; neque post eum surrexit similis illi. Verumtamen non est aversus Dominus ab ira furoris sui magni.* Viendo que aun no se le abrían las puertas de la patria, torna el Ilmo. Sr. Labastida á la Eterna Ciudad.

Providencial fué su regreso. No sólo su hermano de Michoacán, sino los prelados de Guadalajara, Linares, San Luis Potosí y Oaxaca se hallaban reunidos en Roma y juntos pudieron llevar á cabo en pro de la Iglesia mexicana, proyectos mucho tiempo había concebidos; pero que las convulsiones políticas, ó la unión del Estado con la Iglesia, útil casi siempre, una que otra vez estorbosa, habían impedido realizar. Acababa de separar el Presidente Juárez ambas potestades; y aprovechándose de la libertad en que se le dejaba, propusieron á la Santa Sede la erección de las diócesis de Veracruz, Chilapa, Querétaro, Leon, Zacatecas, Zamora y Tamaulipas, y la elevación á Metrópolis de Guadalajara y Michoacán; y presentaron igualmente á los dignatarios que debían ocuparlas. El iniciador de estas y otras importantes empresas era el Ilmo. Sr. Labastida, cuyos penas endulzaba la Providencia, acumulando sobre él no pensados honores.

Así es que, con motivo de la canonización de los Mártires del Japón fué agraciado, como todos los Obispos presentes

en Roma, con el título de patricio Romano é inserto en el libro de oro que guarda en el capítulo los fastos de la nobleza. Pocos meses después, al hacer su peregrinación á Jerusalem, se le calzaron las espuelas de Godofredo Bullón, se le hizo enpuñar la espada del gran Cruzado, y que lo armado Caballero del Santo Sepulcro. Por último, el 19 de Marzo de 1863 fué promovido al Arzobispado de México, vacante por la reciente muerte en el destierro del inflexible D. Lázaro de la Garza. Su posición como jefe del partido monárquico, los altos puestos que le esperaban en el Imperio que acababa de proclamarse, su glorioso pasado y sus altísimas dotes, le señalaron al Padre Santo como el sucesor sin rival del Metropolitano que había fallecido; y desdeñando otras propuestas, pero con el aplauso unánime de cuantos lo conocíamos, entregó Pio IX al Ilmo. Sr. D. Pelagio de Labastida y Dávalos, el palio que tanto merecía.

¡Con qué ilusiones emprendió en Agosto su viaje de regreso, al lado de su inseparable Munguía, adornado también él con el palio arzobispal! Encantados habían quedado uno y otro con las promesas del Archiduque Maximiliano. Lleno de esperanzas salió el Arzobispo de México de la última entrevista con Napoleón III, pocos días antes de hacerse á la vela. Se figuraba que llegar, ver y vencer las dificultades que ya habían surgido en México, sobre negocios eclesiásticos, en el seno mismo del Gobierno que había sucedido al de Juárez, sería obra de un momento; que pronto regresaría triunfante, para conducir al Archiduque al trono que acababa de construirsele; que sería el brazo derecho del nuevo Empera-

dor, y que bajo el cetro de éste reflorecería la religión, reinaría la paz, se vencerían los enemigos más que con las armas con la dulzura; y presto vendrían á acogerse á la gloriosa bandera del nuevo Imperio, Guatemala de cierto, tal vez Cuba, también Puerto Rico.

¡Ah! ¡Pobre Prelado! Si en tus viajes al Imperio Austriaco no te hubieras limitado á pisar los palacios, y á tratar con unos cuantos diplomáticos; si hubieras podido mezclarte con el pueblo, penetrar en las escuelas, inspeccionar los registros parroquiales, tratar íntimamente con el clero de todas categorías, habrías visto que el Josefismo aun dominante en aquella monarquía, no podía menos que haber inficionado al Príncipe en cuyas manos te habías puesto, y que éste había de querer dar al Estado una ingerencia en los negocios de la Iglesia, que no era lícito admitir y á que jamás se nos había acostumbrado. ¡Ah! ¡Pobre Prelado! ¡Por qué fiaste tanto en las palabras del Soberano que tantas amarguras había causado al mismo Pio IX? ¡Ay del Obispo que fia en la amistad de los poderosos de la tierra! A él, más que á ninguno, pueden aplicarse las palabras del Profeta Jeremías: "Maledictus homo qui confidit in homine."

## IV.

Catorce eclesiásticos han ejercido en lo que es hoy República de México mando supremo: nueve como virreyes y uno como gobernador de Nueva España; cuatro como regentes del primero y segundo imperio. Uno fué humilde cura de Huamantla: uno Obispo de Tulancingo: uno de Yucatan y uno de Michoacán, quien la segunda vez que fué virrey, recibió al

cuniaros de la Mitra de Puebla, que siempre se ha juzgado más rica de lo que es en realidad. Pero bien saben los caudillos revolucionarios que los Obispos de Angelópolis se han rehusado siempre á obsequiar semejantes exigencias, por simpáticos que fueran personalmente los jefes, y por grandes que aparecieran los riesgos á que los exponía una negativa. No tenemos derecho, por tanto, á creer que el Ilmo. Sr. Labastida fué una excepcion en el cumplimiento de su deber; aunque sí lo fué en el castigo que se le impuso; bien lo recordais; empezó por la intervencion de parte del Gobierno, de todos los bienes eclesiásticos de su diócesi.

Hay un pasaje en la vida de San Basilio Magno, cuya relacion estoy seguro que os llenará de entusiasmo. Amenazado por no sé qué prefecto del Emperador Valente, replicó con estas memorables palabras. "Me amenazas con la proscripcion, el destierro, los tormentos, la muerte..... si algo más tuvieses á tu arbitrio, puedes con ello amenazarme, porque nada de lo que has dicho me toca. No poseo sino los raídos hábitos que me cubren, y unas cuantas monedas que aún hay en mi rota escarcela. No temo, pues, la confiscacion con que me conminas. Ignoro lo que sea destierro, porque mi patria es el mundo. Por otra parte, ni la tierra que hoy piso, ni aquella donde me arrojares, es mía, sino de Dios; y en una y en otra seré siempre extranjero. ¿Qué mella pueden hacer los tormentos en un cuerpo tan debilitado que al primer azote dejará de vivir? La muerte será para mí un beneficio, porque más pronto me enviarás á gozar de mi Dios.—Jan à, replica el atónito Prefecto, jamás me ha ha-

blado nadie con tanta libertad.—Quizás, repone Basilio, no te has encontrado con un Obispo. Si lo hubieras hallado en tu camino, te habría dado la misma réplica que yo, tratándose de asunto tan santo. Sabe que somos los prelados, mansos y corteses, y más que todo humildísimos. No digo contra tu Emperador ó contra tí; pero ni contra el más bajo de la plebe osaríamos levantar un dedo. Mas si se trata del honor de Dios ó de su Iglesia, ninguna consideracion nos detiene. El fuego, el hierro, las bestias feroces, léjos de intimidarnos, nos causarán placer y formarán nuestras delicias." (1)

No hacía mucho que en Puebla misma y citando las palabras de su glorioso predecesor el Sr. Vásquez, había dicho: "Si no obedezco, seré odiado de los hombres y sufriré en lo temporal quizá las mayores penas; pero si desprecio los canones, si olvido mi obligacion como Obispo y como cristiano, mereceré caigan sobre mi la divina indignacion y los suplicios eternos. Mas tarde, en Julio del mismo año, frente al puerto de Vigo, lanzaba terribles anatemas contra los que intentaron despojar á la iglesia de su legítima heredad.

¿Desde la Habana, desde Vigo? preguntareis. ¡Ah! el Obispo de Puebla había sido la primera flor arrebatada á su nativo huerto por el vendabal de la persecucion. A sus argumentos, á su lógica contundente, á su autoridad, á su prestigio, se había tenido que oponer esa arma innoble, que las potestades vencidas y débiles acostumbran esgrimir contra los Prelados de la Iglesia: el destierro.

¡Gregorio VII, Atanasio, Tomás de Can-

(1) San Gregorio Nazianz, ubi. supra.

tuaria! Redoblad vuestros cánticos de alabanza y accion de gracias al Príncipe de los Pastores, porque vuestro espíritu se conserva en su Iglesia, y los ministros del altar no desmerecen ni caducan, sino que se encuentran todavía á vuestra altura. ¡Cisóstomo! Cuando leo tus áureas homilias, mi alma se arroba contemplando tu genio. Cuando me imagino verte en aquella cátedra sagrada desde cuya altura subyugabas las turbas de Antioquia y Constantinopla, te admiro rendido; pero no envidio tu genio colosal ni tus glorias, fuera del alcance de mi pequenez. Mas cuando te veo desterrado de tu sede, y te sigo por el penoso camino que te obligan á emprender á pié los satélites que te custodian, con tu calva cabeza descubierta y espuesta á los rayos del sol abrasador, entónces sí me devora una santa envidia y quisiera ponerme en tu lugar y sucumbir contigo ó en vez de tí, á la fibre fatal que te causan las crueldades de tus perseguidores.

De igual manera, señores, nunca envidié á mi lamentado Padre y amigo, cuando lo miré brillando en la Corte de Roma, resplandeciendo en el Concilio Vaticano, ó tratando de reconquistar en los últimos años, á fuerza de sacrificios y decepciones, la posición de que en otro tiempo disfrutaran los Arzobispos de México. Pero sí me enardezco al recordar aquella memorable tarde del 12 de Mayo de 1856, en que fué violentamente arrebatado por fuerza armada á su palacio de Puebla y conducido á Veracruz.

Si, lo envidio, al ver que lo embarcan primero en un mal vapor, que se hace pedazos aún antes de salir del puerto, luego en un lento velero, que tarda quin-

ce días para hacer una travesía que en tres habría podido verificarse. Mártir y desterrado lo conocí, y como á mártir aprendí á venerarlo. Tales son las primeras impresiones que recibí del Ilmo. Sr. D. Pelagio Antonio de Labastida, y que no se han borrado en tantos años.

### III.

Aquí empiezan, señores, mis reminiscencias personales; y al hablar del lamentado Arzobispo, quizás sea preciso mencionar también mi propio nombre. No hay, empero, peligro de que suceda lo que temía San Gregorio al elogiar á su íntimo amigo San Basilio, y que al pregonar sus alabanzas publique igualmente las mías: mi amistad fué con él puramente filial, aún después que el caracter episcopal nos había en cierto modo igualado, constituyéndonos hermanos. Era grande la diferencia de edad; en los tiempos á que me refiero, mayor todadía la distancia jerárquica y social que nos separaba. Durante este período, que podemos llamar de su vida diplomática, era yo un mero estudiante, encerrado en mi colegio, y que apenas podía algunas veces acercarme al ilustre desterrado, ya sea para consolarlo en sus penas, ya sea para formar parte de su séquito en alguna solemnidad. Pero jamás me confió sus planes políticos, ni me reveló sus secretos, ni me comunicó sus proyectos. Supe algo, y algo vi; enjuagué algunos lágrimas, y dividí con él algunos goces; pero ni puedo reclamar la menor participacion en los grandes méritos que adquirió delante de Dios y de los hombres, ni me alcanzan los vituperios que los que no conocieron su corazon de oro le han dirigido.

Jamás olvidaré la mañana, para mi tan fausta, del 25 de Agosto de 1856. No hacía mucho tiempo que había completado mi tercer lustro y me hallaba en Inglaterra, entregado á los estudios clásicos que ya entonces formaban mi delicia, sin tener mas que noticias confusas de convulsiones que agitaban á mi lejana patria. Derrepente el anuncio de inesperada visita me hace cerrar de golpe mi *Homero* y me encuentro frente á frente con el desterrado Obispo de Puebla. ¡Oh! ¡Dejadme, aunque en este sagrado recinto, hacer una reminiscencia profana y decir con el vate latino: *Ut vidi, ut peri*. Ver el juvenil rostro del Prelado, oír su voz amigable, sentir la presión de sus brazos en torno de mi cuello, y quedar encadenado á él con vínculos de indisoluble amistad y eterna admiración, fué toda obra de un instante. ¡Cuanta fué mi dicha al poderlo acoger en mi humilde celda estudiantil! ¡Cuánto me alegró el que encomendara á mi cuidado á ese sobrino, su predilecto, que ha sido el báculo de su vejez, y cuya facundia en el júpito é infatigable actividad en mil empresas todos admirais! ¡Cuán orgulloso me ponía la correspondencia que con este motivo se entabló entre el egregio Prelado y el joven colegial!

Un año más tarde era yo su huésped en Roma, y puedo dar testimonio de la alta estima en que el inolvidable Pontífice Pío IX tenía al Obispo mexicano. Entre mil señales de benevolencia acababa de nombrarlo su Prelado doméstico y asistente al Sacro Solio Pontificio; dignidad altamente honorífica que entre otras muchas prerrogativas confiere al agraciado distinguida nobleza, cual si hubiera naci-

do de familia de condes. Con ella acostumbra los Pontífices condecorar á los Prelados más caros á su corazón ó cuya conducta quieren aprobar á los ojos del mundo. Esta fué la recompensa de su valeroso comportamiento en Puebla, y en vez de la *penitencia saludable* que pedía el Prelado á la Santa Sede en caso que hubiera obrado mal, recibió el galardón debido al Obispo que no se ha doblegado ante las potestades terrenas, y ha cumplido con sus sacrosantos juramentos.

Entre tanto los asuntos parecían tomar otro giro en la República Mexicana, y después de la carta llena de sumisión que recibió del nuevo Presidente, el Supremo Pontífice ordenó al Obispo de Puebla que regresara sin tardanza á su diócesis. Así lo hizo el obediente Prelado, quien desde Roma la había gobernado, velando por sus ovejas como amante Pastor. Pero ¡ay! encontró cerradas las puertas de la patria. Las costas estaban aún en poder del partido que lo había desterrado, y forzoso le fué permanecer primero en Cuba y después en los Estados Unidos, hasta que en la segunda mitad de 1859, volvió á fijar su residencia en la ciudad eterna. Pero ya no se acogió como proscribo á la sombra del Vaticano. Se le había nombrado enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario cerca de la Santa Sede, y con tal carácter se presentaba ahora al Pontífice Rey. En vano aguardó las instrucciones que cada día se le ofrecían de parte del Gobierno Mexicano: ésta fué derrocado no mucho después y el Embajador quedó de nuevo convertido en desterrado.

Entretanto, las circunstancias lo habían colocado en un círculo de diplomáticos

estudiantes y repúblicos, que le trasformaron en político. La misma Santa Sede determinó aprovecharse de sus talentos y enviarlo á las Indias Orientales á dirimir las diferencias entre los católicos de las posesiones portuguesas y los del Imperio Británico en el Indostan. ¡Habria podido nuestro ilustre compatriota llevar á cabo lo que no han podido todavía terminar los hábiles Delegados, que el Sumo Pontífice ha enviado á aquellas apartadas regiones? No quiero, señores, aventurar un juicio; pero el caso es que en vez de enderezar su rumbo hácia el Oriente, salió de Roma con dirección á la patria, aunque no llegó á abandonar el viejo Continente. Era ya el año de 1862, y las tropas francesas enviadas por Napoleón III á establecer la monarquía en México, ocupaban ya parte de su territorio.

¡Qué habia sucedido en ese intervalo? ¡Ah, señores! Vosotros mejor que yo lo sabéis. La revolución se habia entronizado en México, y atacando no ya tan sólo los bienes de la Iglesia misma, habia trastornado cuanto ántes existía. Yo no ví los estragos que vosotros presenciasteis. Sólo me tocó recibir uno á uno á los Obispos desterrados, y ántes que á otros al mio propio, al Ilmo. Sr. Munguía. Aun me parece estar á orillas del Mediterráneo el hermoso día 17 de Abril de 1861 con la vista clavada en el horizonte esperando con ansia el barco que nos habia de traer á esa nueva víctima de las pasiones antireligiosas. ¡Oh! ¡qué gozo al mirarlo aparecer en lontananza! ¡Qué estremecimiento al oír el estallido del cañón, que anunciaba su entrada al puerto! Aún se me figura ver saltar conmi go al Obispo de Puebla en la barquilla

que á todo remo nos conduce al recién llegado bajel. ¡Cuál nos abalanzamos á la escala, y en un momento quedamos confundidos en estrecho abrazo, los dos próceres eclesiásticos, y el humilde estudiante, admirador y apasionado de entrambos!

Desde este instante no volvieron ya á separarse hasta la muerte, salvo breves temporadas, estos dos amigos de infancia y de colegio, compañeros de armas en las luchas espirituales y ahora partícipes del mismo infortunio. ¡Beneficio especial de la Providencia! Eran, como ántes he indicado apropiándome las palabras de San Gregorio, *una sola alma en dos cuerpos*; y cuando estaba ausente el Sr. Munguía, faltaba su complemento al del Sr. Labastida. De superior talento práctico, con mayor conocimiento del mundo, de mucha más audacia é intrepidez, carecía no obstante el Obispo de Puebla de ese ingenio penetrante y agudo, de esa viveza de águila, y de esa prontitud para expresar con palabras precisas y contundentes los pensamientos más atrevidos, que poseía en alto grado el de Michoacán. Hé aquí por qué más tarde, cuando se quiso matar moralmente al que ya era Arzobispo de México, se le separó desde luego de su íntimo amigo. Solos, eran cada cual una potencia; juntos equivalían á invencible legión.

El cataclismo verificado en la República mexicana, afigia profundamente al Ilmo. Sr. Labastida, no sólo como Obispo, sino como patriota. En los viajes que en su destierro habia tenido que emprender habia podido observar el inmenso poder del país vecino que sea como amigo, sea como enemigo, no ha ocultado nunca sus intenciones de identificar-